

CLÁSICOS GEOPOLÍTICOS

Las leyes del crecimiento espacial de los Estados. Una contribución a la Geografía Política científica*

Friedrich RATZEL

RESUMEN

Las poblaciones se encuentran en un movimiento interno continuo, que se proyecta hacia el exterior. La expansión de diversas actividades, como el comercio o la religión, precede al crecimiento del Estado. El tamaño del Estado también es indicativo de su nivel de civilización: cuanto más elevado es, mayor es la superficie estatal, y se estrecha también la relación entre la población y la tierra que ocupa. El crecimiento del Estado pasa por la anexión de miembros menores al agregado inicial, y se manifiesta como un fenómeno periférico que empuja hacia fuera la frontera que ha de ser atravesada por los vectores del crecimiento, pero no en cualquier dirección, sino buscando siempre las regiones más valiosas. El crecimiento natural renueva un cuerpo político simple y continuamente lo reproduce, pero no produce en sí mismo ninguna otra forma política; el impulso procede del exterior. Los Estados más débiles intentan igualar a los más poderosos, y de ello nace el conflicto por la integración y nivelación espaciales.

Palabras clave: Crecimiento del Estado; frontera; integración; civilización; vínculo población-territorio.

The laws of the spatial growth of states. A contribution to a scientific political geography

ABSTRACT

Populations are in continuous internal motion, which projects itself towards the periphery. The expansion of different activities, such as trade and religion, precedes the spatial growth of the state. The size of the state is one of the measures of its civilizational level: the higher the latter is, the larger the state's surface is. At the same time the relationship of the population to the land becomes continuously closer. The growth of the state proceeds by the annexation of smaller members into the aggregate, and manifests itself as a peripheral phenomenon in pushing outward the frontier which must be crossed by the carriers of growth. However, growth does not happen in any direction, but towards the most valuable lands. Natural increase renews a simple political body and continuously reproduces it, but does not of itself reproduce any other form.

* Original publicado en 1896: "Die Gesetze des räumlichen Wachstums der Staaten". *Petermanns Geographische Mitteilungen*, n.º. 42, pp. 97-107. Esta traducción ha sido realizada por Marina Díaz, investigadora FPU-MEC del Departamento de Ciencia Política III, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Se llevó a cabo a partir de la traducción del texto original al inglés de Ronald Bolin, publicada en Roger E. Kasperson y Julian V. Minghi (eds.) *The Structure of Political Geography*. London: University of London Press, 1970, pp. 17-28; cotejada con el texto original alemán.

Weaker states attempt to equal the more powerful, whence the struggle for spatial integration and levelling arises.

Key words: Growth of the state; frontier; integration; civilization; population-land relation.

As leis do crescimento espacial dos Estados. Uma contribuição à Geografia Política científica

RESUMO

As populações se encontram em um movimento interno contínuo, que se projeta ao exterior. A expansão de diversas atividades, como o comércio ou a religião, precede o crescimento do Estado. O tamanho do Estado também é indicativo de seu nível de civilização: quanto mais elevado, maior é a superfície estatal, tornando mais estreita a relação entre a população e a terra que ocupa. O crescimento do Estado passa pela anexação de membros menores ao agregado inicial, e se manifesta como um fenômeno periférico que empurra para fora a fronteira, que há de ser atravessada pelos vetores do crescimento, ainda que não em qualquer direção, mas sim buscando sempre as regiões mais valiosas. O crescimento natural renova um corpo político simples e o reproduz continuamente, mas não produz em si mesmo nenhuma outra forma política; o impulso procede do exterior. Os Estados mais fracos buscam igualar aos mais poderosos, e daí emerge o conflito pela unificação e nivelção espaciais.

Palavras-chave: Crescimento do Estado; fronteira; unificação; civilização; vínculo população-território.

REFERENCIA NORMALIZADA

Ratzel, Friedrich (2011) "Las leyes del crecimiento espacial de los Estados. Una contribución a la Geografía científico-política". *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, vol. 2, núm. 1, 135-156.

El derecho internacional define el área de un Estado como esa parte de tierra que está sujeta al gobierno de ese Estado. La geografía política también está enraizada en esta definición, pero nada tiene que ver con las cláusulas y condiciones a través de las cuales el derecho internacional extiende el dominio del Estado bien hacia el cielo o la tierra hasta una distancia determinada, o extiende ese dominio a todos los barcos (especialmente los barcos de guerra) que interpreta como parte flotante del Estado cuya bandera despliegan. Para la geografía política, por otra parte, son importantes todos esos datos que conciernen a la extensión de la jurisdicción del Estado sobre los mares adyacentes y aquellas otras obligaciones que, al favorecer a un Estado, penetran y violan el territorio de otro. Por lo tanto, no habría que perder de vista esos tratados ruso-persas de 1813 y 1828 por los cuales el Mar Caspio pasó a ser un "lago ruso" que Rusia navega con sus barcos "en exclusiva hasta la fecha". En los mapas, la frontera rusa ha de ser movida a posiciones anteriores a las bahías de Babul y Rasht, ya que esta área rusa del Mar Caspio en realidad divide las provincias persas de Khorasan y Azerbaiyán, como si la provincia rusa quedara entre las dos. La expansión de las zonas aduaneras del Imperio germánico sobre Luxemburgo también debería ser señalada en nuestros mapas. Las maniobras de la policía

marítima y sanitaria del Imperio austrohúngaro en las costas de Montenegro no pueden ser representadas sobre el mapa, pero se enfatizan con gran vehemencia en cualquier descripción geográfica de estos países.

La geografía política debería sacar a la luz estos muchos casos, puesto que identifican mejor lo que pertenece a la superficie del Estado y, por lo tanto, lo que es el verdadero dominio de la geografía, esto es, la región en sentido geográfico. Además, tales condiciones están estrechamente relacionadas con el crecimiento espacial de los Estados por dos razones: en primer lugar, porque se manifiestan en la periferia donde se da normalmente el crecimiento y para el que allanan el camino y, en segundo lugar, porque son la señal de la preparación, o bien los vestigios de un proceso de crecimiento.

Las descripciones que presentan el territorio del Estado como un objeto estable y completamente inmutable llegan a esta concepción dogmática y estéril, en primer lugar, por no tener en cuenta estas rupturas. Su consideración sólo puede reforzar la única concepción correcta: que en el Estado estamos tratando con una naturaleza orgánica, y nada contradice más la naturaleza de lo orgánico que la rígida circunscripción.

Esto también es cierto para la geografía política que, sin duda, trata en primer lugar de las rígidas bases de los movimientos de población, pero que no puede perder de vista que los Estados dependen, tanto en su tamaño como en su forma, de los habitantes, esto es, asumen la movilidad de sus poblaciones, tal y como se expresa particularmente en los fenómenos de crecimiento y declive. Cierta volumen de gente está ligado al área del Estado, viven en su tierra, extraen su sustento de ella, y están por lo demás vinculados a ella a través de relaciones espirituales. Junto con este trozo de tierra forman el Estado. Para la geografía política cada pueblo, localizado en un área esencialmente fija, representa un cuerpo vivo que se extiende sobre una parte de la Tierra y que se separa de otros cuerpos de similar naturaleza a través de líneas de frontera o de espacios vacíos. Las poblaciones se encuentran en un movimiento interno continuo. Ello se transforma en movimiento externo, bien hacia delante, bien hacia atrás, siempre y cuando un fragmento de tierra es ocupado por primera vez o una posesión anterior es cedida. Tenemos, entonces, la impresión de que una población se mueve hacia delante o hacia atrás como una masa que fluye lentamente¹. En raras ocasiones en la Historia conocida se ha dado el caso de que

¹ (Nota del original) Se ha utilizado frecuentemente la naturaleza líquida de las poblaciones como una imagen. “*La population des États Unis, comme un liquide que rien ne retient, s’est toujours étendue sur des nouveaux espaces*” [La población de los Estados Unidos, como un líquido que nada puede detener, se ha extendido siempre por nuevos espacios], leemos en el *Count of Paris Guerre Civile I*, p. 362; Leroy-Beaulieu describió a los rusos como un área en crecimiento que pronto habrá desbordado sus muros de contención. Para la geografía política, sin embargo, es más que esto, puesto que le da a esta idea, en su correlación entre tierra fija y poblaciones móviles, la única interpretación correcta de pueblo y Estado, esto es, las regiones orgánicas en todas sus variantes.

tales movimientos se extiendan sobre un territorio no poseído por nadie. Normalmente dan lugar a penetraciones y desplazamientos; o bien pequeñas áreas, junto con sus poblaciones, se combinan en unidades mayores sin cambiar su emplazamiento. De la misma manera, estos Estados más grandes se vuelven a desintegrar, y este proceso de unión y desintegración, de crecimiento y decrecimiento, representa una buena parte de los movimientos históricos que se describen geográficamente como un intercambio entre superficies mayores y menores.

Cada transformación espacial tiene consecuencias inevitables en todas las áreas vecinas —en Europa se aplica a todo el continente— y su transmisión de un área a otra es una de las motivaciones más potentes para el desarrollo histórico. Dentro de este “motivo espacial” hay dos tendencias: “agrandamiento” (*Vergrössung*) y “reproducción” (*Nachbildung*), operando ambas continuamente como inducción al movimiento. Todas las teorías filosóficas del desarrollo histórico yerran en este punto al pasar por alto estas condiciones inmediatas de desarrollo del Estado. A este respecto, las llamadas teorías desarrollistas en particular son incorrectas, tanto si proponen un desarrollo lineal, espiral o de otra naturaleza. A lo antedicho cabe añadir un tercer motivo, la “fijación” (*Befestigung*), o la manera de mantener unidos al Estado con la tierra, la trayectoria del crecimiento y, en particular, la permanencia de sus resultados.

1. *El tamaño del Estado aumenta con su nivel de cultura.* La expansión de los horizontes geográficos, producto de los esfuerzos físicos e intelectuales de incontables generaciones, ofrece continuamente nuevas áreas para la expansión espacial de las poblaciones. Para dominar estas áreas políticamente, fusionarlas y mantenerlas unidas, se requieren nuevas fuerzas que sólo pueden ser generadas de forma paulatina por y a través de la cultura. La cultura aumenta las bases y medios para la cohesión de los miembros de una población y extiende continuamente el círculo de aquellos que se vinculan a través del reconocimiento de su homogeneidad.

Las ideas y las posesiones materiales se expanden en referencia a sus puntos de partida y de origen, encuentran nuevas rutas de dispersión, y amplían su área. De esta manera se convierten en las precursoras del crecimiento del Estado, que más tarde utiliza las mismas rutas y llena las mismas áreas. Por encima de todo, observamos una estrecha relación entre la expansión política y religiosa. Pero incluso estas se ven sobrepasadas por la enorme influencia de las comunicaciones que aún hoy en día actúan como una espoleta sobre todas las fuerzas hacia la expansión. Lo que sigue alimentando a esas fuerzas motrices es el número poblacional que aumenta con la cultura, que sólo por la necesidad de espacio hace avanzar la expansión después de que (dicho número) haya tenido previamente el efecto de promover la cultura por medio de su ampliación.

Aunque los portadores de las culturas de mayor grandeza no han sido siempre los mejores constructores de Estados —la formación de Estados es sólo una de las

muchas maneras en que los poderes culturales florecen—, todos los grandes Estados del pasado y del presente pertenecen a los pueblos civilizados. La expansión espacial de los Estados más grandes hoy en día muestra claramente esta conexión: están situados en Europa y en las áreas coloniales europeas. China es el único Estado de dimensiones continentales que pertenece a un área cultural distinta a la europea; al mismo tiempo que, sin embargo, de todas las regiones culturales no europeas, Asia Oriental es la más desarrollada.

Si miramos atrás, al comienzo de nuestra propia cultura, encontramos las esferas de los Estados relativamente más grandes alrededor del Mediterráneo, cuyas tierras no pudieron, sin embargo, construir Estados de proporciones continentales debido a su forma y a su localización en una zona de estepa. La fusión de varios de ellos en el Imperio persa, para empezar, dio lugar a un Estado cuyo tamaño, de unos 5.000.000 km², podría ser comparado con la Rusia europea. Egipto, junto con sus áreas desérticas, no sumaba más de 400.000 km², y las áreas habitadas de Asiria y Babilonia no superaban los 130.000. La mayor extensión de Asiria, aunque extraordinariamente efímera, cubrió un área alrededor de tres veces el tamaño de la Alemania de hoy². De todos los antiguos “imperios mundiales” sólo el persa hace honor a este nombre grandilocuente, ya que ocupaba la mayor parte del continente asiático, en especial Irán, que es cinco veces mayor que Asia Menor. Ni el Imperio de Alejandro (4.500.000 km²), ni el Imperio romano (3.300.000 km² cuando murió Augusto) alcanzaron esta dimensión verdaderamente asiática. Los imperios de la Edad Media, especialmente el de Carlomagno y el Imperio romano-germánico de los Staufer³, eran sólo fragmentos del antiguo Imperio romano, y constituían una cuarta parte de esta área.

El sistema feudal favoreció la formación de pequeños Estados, puesto que dividía y subdividía la tierra como una propiedad privada, causando, en la transición a los tiempos modernos, un declive general de los Estados. Lo que quedaba de los viejos conceptos espaciales romanos desapareció después de que dos de sus premisas, la enseñanza y las comunicaciones, hubieran expirado. A partir de las ruinas emergieron nuevas formaciones que se extendieron por Europa bajo la protección del equilibrio impuesto por las guerras. Este sistema tenía como objetivo que cada uno tuviera esencialmente la misma área, mientras que el poder real estaba desigualmente dividido.

En las tierras fuera de Europa, en primer lugar América y Asia, el poder político se expandió junto con el comercio, las creencias, y la cultura de Europa. Las mayores áreas de estos lugares configuraron la base para Estados dos o tres veces mayo-

² (Nota del editor, en la traducción inglesa) Se refiere a la Alemania de la década de 1890.

³ (N. de la Trad.) La dinastía Staufer o de los Hohenstaufen fue una dinastía germana que dirigió el Sacro Imperio romano-germánico entre 1138-1208 y 1212-1254.

res que los Estados más grandes que habían existido anteriormente. El progreso acelerado de los descubrimientos geográficos y el conocimiento de los pueblos permitió el crecimiento de este nuevo imperio mundial en América del Norte, el norte y el sur de Asia, y Australia en menos de 300 años. El relativamente continuo crecimiento de la población en Europa durante los 200 años precedentes y la invención de nuevos medios de transporte y oportunidades para la expansión, les proporcionó una cohesión y permanencia inaudita en la Historia hasta ese momento. El Imperio británico (y dentro de él, Canadá y Australia por derecho propio), el Imperio asiático-europeo de Rusia, los Estados Unidos de América, China y Brasil, son hasta el momento Estados de un tamaño sin precedentes.

Así como el área del Estado crece a la par que su cultura, también encontramos que en estadios menores de la civilización los pueblos se organizan en pequeños Estados. De hecho, cuanto más descendemos en los niveles de civilización, más pequeños son los Estados. Por lo tanto, el tamaño del Estado también resulta ser indicativo de su nivel cultural. Ningún Estado primitivo ha alcanzado el estatus de gran Estado; ni siquiera el tamaño de uno de los Estados secundarios alemanes. Incluso en los alrededores de los mayores y más antiguos poderes nos encontramos, como en el interior de Indochina, Estados-aldea de 100 habitantes. Antes de la ocupación egipcia, Schweinfurth⁴ contó, probablemente de forma no exhaustiva, treinta y cinco Estados en los casi 138.000 km² de los territorios azande⁵, algunos de los cuales no superaban las fronteras de la aldea. Un Estado azande considerado grande, de los situados en el centro de la región en los tiempos de los Junkers, era casi tan grande como un tercio de Baden, unos 5.000 km² como el área de Ndorumas. Los Estados secundarios eran aproximadamente del tamaño de Waldeck⁶ o Lippe⁷. La mayoría, sin embargo, ocupan de tres a doce kilómetros cuadrados y eran, en realidad, aldeas soberanas. Este era el caso antes de la invasión de todo el Alto Nilo entre Nubia y Nyoro y entre Darfur y Sennar. Tal y como muestran las descripciones de Stuhlmann⁸ y Baumann⁹, ocurre todavía lo mismo hoy en el norte de la África Oriental alemana. Incluso en territorios como Usinje y Ukundi, habita-

⁴ (N. de la Trad.) Georg August Schweinfurth (1836-1925) fue un botánico y etnólogo alemán, que realizó frecuentes expediciones al África oriental.

⁵ (N. de la Trad.) Los pueblos azande, zande o asande, se inscriben en la familia lingüística Niger-Congo y habitan en partes de los actuales Sudán, República Democrática del Congo y República Centroafricana.

⁶ (N. de la Trad.) El Principado de Waldeck y Pyrmont era un principado soberano dentro del Imperio germánico y de la Confederación Germánica y hasta 1929 un estado constituyente de la República de Weimar.

⁷ (N. de la Trad.) Uno de los más pequeños antiguos estados alemanes.

⁸ (Nota de la Trad.) Franz Stuhlmann (1863-1928) fue un zoólogo alemán, que explore el África Oriental.

Fue Secretario del Instituto Colonial alemán en Hamburgo.

⁹ (Nota de la Trad.) Oscar Baumann (1864-1899) fue un cartógrafo y etnólogo austriaco. Es bien conocido por sus exploraciones del África Oriental Alemana (las actuales Tanzania, Ruanda y Burundi), de donde elaboró numerosos mapas.

dos por los wakuma o tutsi, que están acreditados como los fundadores de Estados, el “alguacil de la aldea” gobierna con miopía pueblerina e impotencia sobre pequeños Estados independientes del tamaño de una aldea. La fragmentación que los romanos encontraron en las tierras de los recios, ilirios, galos o teutones, y la que encontraron los germanos en aquellas de los antiguos prusianos, lituanos, estonios y livonios, no era muy diferente de la de los tutsi.

También algunos pueblos con una potente organización, cuya aparición como una nube de langostas causaba el terror a las jóvenes colonias de África del Sur y Norteamérica, han construido únicamente pequeños Estados. A pesar de que devastaban grandes áreas, carecían de la capacidad de unificarlas y mantenerlas; cuando fueron anexadas Basutolandia¹⁰ y Zululandia¹¹, comprendían 30.000 y 22.000 km² respectivamente. Estas regiones se habrían reducido aún más si no fuera por la intervención de los blancos. La liga de las cinco tribus, más tarde seis (1712), de la región de Allegheny de Norteamérica fueron las enemigas más peligrosas de los jóvenes asentamientos atlánticos durante más de cien años. Su territorio, con tan sólo algunos puntos habitados, comprendía quizá unos 50.000 km², y en 1712 contaba con 2.150 guerreros sobre el terreno. No hace falta aceptar las desdeñosas deducciones de Lewis Morgan para concluir que el Imperio de Moctezuma y el inca ni fueron grandes Estados en el sentido espacial, ni eran Estados bien integrados. Cuando decimos que el Imperio inca, en el cénit de su expansión militar — alcanzada para cuando se produjo la llegada de Pizarro— equivalía al área del Imperio romano en tiempos de Augusto, tenemos que añadir: no era más que un atadizo de Estados tributarios conquistados, sin ninguna cohesión estable o temporal, con una antigüedad de apenas una generación cuando los españoles lo derribaron como si de un castillo de naipes se tratara.

Antes de que los europeos y los árabes hubieran cultivado amplias zonas de América, Australia, el norte de Asia y el interior de África a través de la conquista y la colonización, estas vastas áreas no habían sido utilizadas políticamente. Su valor político estaba en barbecho. La política, así como la agricultura, condujeron a un conocimiento gradual de los poderes latentes en la tierra, y la historia de cada país es la del desarrollo progresivo de sus condiciones geográficas. La creación del poder político a través de la unión de áreas menores en áreas mayores se traduce en una innovación en las tierras del “Estado pequeño” de los pueblos primitivos. En la necesaria lucha entre las concepciones y necesidades de los Estados mayores y menores, y sus efectos disruptivos, reside una de las principales causas de la involución de estos pueblos desde su contacto más íntimo con las poblaciones civilizadas.

¹⁰ (N. de la Trad.) El antiguo nombre del actual Lesoto.

¹¹ (N. de la Trad.) Histórica región del noreste de la actual Sudáfrica, hogar del pueblo zulú y sede de su reino en el siglo XIX.

Mommsen (*Röm. Gesch. III*, p. 220) llama ley, “tan generalmente válida y una ley tan natural como la de la gravedad”, a la evolución de una raza en Estado acabando con su naturaleza política minoritaria. Sin embargo, es posible encontrar la expresión precisa de este fenómeno en la comparación de áreas políticas. ¡Qué diferencia!: Norteamérica, que hoy alberga dos de los mayores Estados del planeta, no tenía, a finales del siglo XVI, Estados de tamaño ni siquiera secundario. ¿Y qué hay de los papúes de Nueva Guinea que hoy en día pueblan la mayor isla habitable del mundo? No se han alzado en absoluto por encima del resto de los melanesios, cuyas tierras en conjunto no suman más que una sexta parte de Nueva Guinea. Es más, sin la intervención de los europeos habrían sido cada vez más tributarios de la pequeñísima Tidore (78 km²).

Los Estados muestran entonces una escala de tamaños de acuerdo con su edad histórica. Entre los Estados de hoy en día de tamaño continental sólo China puede ser considerada antigua, y además adquirió la mayor proporción de su superficie actual (Mongolia y Manchuria, Tíbet, Yunnan, Sichuan occidental y Formosa) en el último siglo. En comparación, todos los demás, el Imperio ruso, Brasil, los Estados Unidos, la Norteamérica británica y Australia, surgieron en los últimos dos siglos y medio, y todos ellos en las tierras que antiguamente habían estado ocupadas por los pequeños Estados de los pueblos primitivos. El rasgo más sobresaliente de la división contemporánea de la Tierra, el imponente tamaño de algunos de sus Estados, es una particularidad que ha emergido en los últimos siglos y que se ha desarrollado y fortalecido aún más en nuestro tiempo. Andorra tiene unos mil años, y Liechtenstein, como otros de los Estados alemanes menores, es uno de los más antiguos en la región. Comparados con estos, Prusia e Italia se encuentran en su primera juventud.

2. *El crecimiento de los Estados es consecuencia de otras manifestaciones del crecimiento de los pueblos, que han de preceder necesariamente al crecimiento estatal.* Nos hemos referido a avances que progresan de forma más rápida que el Estado, que preceden y preparan el terreno para el mismo. Sin propósito político propio, establecen la más estrecha de las relaciones con la vida de los Estados y no se detienen en las fronteras nacionales. Ranke dijo una vez: “A lo largo de la historia de los pueblos individuales reivindicó que la historia general tiene su propio principio: es el principio del interés mutuo del género humano que une a las naciones y las gobierna, pero sin entrar en las mismas” (*Weltgeschichte*, VIII, p. 4). Esta vida comunitaria reside en las ideas y bienes que favorecen el intercambio de pueblo a pueblo. En raras ocasiones ha podido un Estado poner barreras a una u otra cosa. Con más frecuencia, la pauta ha sido que éstos atraen a los Estados hacia los mismos caminos que ellos ya han forjado. Debido a que comparten el mismo impulso de expansión y a que comparten rutas, ideas y medios, los misioneros y los comerciantes se encuentran a menudo. Ambos son capaces de acercar a los pueblos, crear semejanzas entre ellos y, de este modo, preparar el terreno para el avance

político y la unificación. Por lo tanto, encontramos puntos en común en lo que atañe a la religión, armas, cabañas, plantas domesticadas y animales en los Estados azande, incluso cuando están separados radicalmente por fronteras en medio de la naturaleza salvaje. Los rasgos comunes son aún fuertes entre las más distantes tribus de Norte y Suramérica, aunque de la impresión de que son absolutamente extrañas en términos políticos.

Todos los Estados antiguos y, asimismo, aquellos que se encuentran en niveles culturales bajos son teocracias. En ellos, el mundo espiritual domina no sólo a los individuos sino también al Estado. No hay cacique que no desempeñe funciones sacerdotales, ni tribu sin tótem tribal, ni dinastía que no presuma de su origen divino. El derecho divino y los obispados regionales son sólo un débil reflejo de esta circunstancia. No son solamente en el Islam medieval y el Cristianismo donde los Estados se fundaron bajo el signo de la media luna y la cruz; en el África moderna, por encima de las diferencias estatales, la esfera del Islam amenaza al Cristianismo, mientras que el paganismo reside entre los dos: las pequeñas formaciones estatales paganas frente a las grandes del Islam y las medianas del Cristianismo. En Europa, la Iglesia se erguía sobre un declive político general, en el que “todos los pueblos utilizaban sus diferencias contra los otros” como preparación para nuevas y más grandes formaciones estatales; mientras que en el Asia occidental y en el norte de África, el Islam asumía estas tareas. En aquel momento, las vastas nociones espaciales de la Iglesia indicaban una gran superioridad que, sin duda, se replegó cuando los poderes mundiales ampliaron su campo de acción. Gracias a la ciencia y al comercio, la misión cristiana había preparado el camino para que los europeos organizaran nuevas formaciones estatales en África y otros lugares. En Alemania, el orden territorial prusiano muestra los vestigios de las posteriores interpretaciones con las que la Iglesia influyó en la construcción de Estados, mientras que al mismo tiempo la descomposición era implacable en nuestro país.

Los Estados primitivos son nacionales en el sentido más limitado del término. Su desarrollo está dirigido a la erradicación de esta limitación, y más tarde vuelve a lo nacional en un sentido espacial más amplio. Los Estados de los pueblos primitivos son Estados familiares; sin embargo, al principio su crecimiento recibió un gran estímulo de la interacción con extranjeros. Los grupos de parentesco pueden ser una fuerza unificadora siempre y cuando el área de expansión de la tribu se extienda; pero ello no constituye una nación, a pesar de ser una comunidad con lengua y usos comunes, engendrados por las relaciones no políticas, y que facilitan la unificación política. En tiempos de mayor desarrollo intelectual, el sentimiento comunitario se convierte en conciencia nacional, y se favorece la integración y la unificación. Pero debido a que el mayor desarrollo de la cultura no requiere, por su naturaleza, la veloz expansión que es propia de la religión y las comunicaciones, entra pronto en conflicto con la concepción territorial del Estado que, desde que el Imperio romano por primera vez aspirara a la adquisición de un carácter cosmopolita, en última instancia ha triunfado siempre sobre las distinciones tribales. El Estado, sin embar-

go, reconoce el valor aglutinador de la conciencia nacional y busca reformularla como conciencia estatal a través de la amalgama artificial de pueblos para que éstos lo puedan utilizar para sus propios fines: es el caso del Paneslavismo. La familia latina de pueblos demuestra cuán profunda y ampliamente puede operar este proceso. Han de entrar todos los poderes culturales en acción y, por lo tanto, es más exitoso en Estados que son, al mismo tiempo, grandes regiones culturales. El Estado moderno, amplio en términos de superficie, pero fundamentalmente nacional, es su producto más característico. Entre estos y el verdaderamente confinado Estado tribal se encuentran los numerosos Estados del pasado y del presente, cuyos poderes culturales han resultado ser insuficientes para unificar sus bases etnográficamente mixtas.

Tanto el comercio como las comunicaciones preceden de lejos a la política, que sigue sus trayectorias y no puede ser tajantemente separada de ellos. Las relaciones pacíficas son una condición preliminar para el crecimiento del Estado. Se ha tenido que formar previamente una red primitiva de caminos. La idea de unificar áreas vecinas ha de ser precedida por su conocimiento no político. Si el Estado ha entrado en su periodo de crecimiento, entonces, comparte con el comercio el interés en la conexión de rutas; es más, lidera su formación sistemática. Se entienden mejor los ingeniosos caminos tanto del antiguo Estado iraní como del americano en términos de geografía política que de geografía económica. Los sistemas de caminos y canales han debido, desde los tiempos de los gobernantes míticos de China hasta el presente, servir a la unificación del Estado, y todos los grandes gobernantes han luchado por ser constructores de caminos. Cada ruta comercial abre el camino para la influencia política, cada red fluvial proporciona una organización natural para el desarrollo estatal, cada estado federal cede su política comercial al Gobierno central, cada cacique negro es el primer y, si puede, el único comerciante de su territorio. En la construcción colonial prima la regla de que la “bandera sigue al comercio”: el puesto comercial juega un papel prominente en la historia de los estados de Norteamérica, como en el caso de Nebraska con un puesto de la American Fur Company. El avance de las fronteras políticas viene precedido de las fronteras aduaneras: la Unión Aduanera de Alemania (*Zollverein*) fue la precursora del Imperio alemán.

La ampliación del horizonte geográfico con todas estas expansiones no políticas debe preceder al crecimiento político que, resultado en primer lugar de aquellas, ha de ser llevado a cabo de forma independiente como un objetivo político explícito. Esto está claramente demostrado en que el horizonte razonable de muchos pequeños Estados negros no alcanza al área de uno de los Estados secundarios germanos, y que los griegos en los tiempos de Herodoto habían, a lo sumo, alcanzado una magnitud comparable al área de Brasil. Se ha reconocido la estrecha relación entre el descubrimiento geográfico y el crecimiento del Estado, y se ha manifestado en los logros de aquellos que consiguieron ambas cosas: Alejandro, César, Vasco de Gama, Colón y Cook. Hasta el presente los grandes éxitos de la política de expansión han

sido realizados bajo la tutela de la geografía. El mejor ejemplo contemporáneo de ello son los rusos en Asia Central.

3. *El crecimiento del Estado pasa por la anexión de miembros menores al agregado inicial. Simultáneamente la relación entre la población y su tierra se estrecha continuamente.* De la integración mecánica de áreas de los más variados tamaños, poblaciones y niveles culturales emerge, gracias a la proximidad, la comunicación y la mezcla de sus habitantes, un crecimiento orgánico. Donde los mismos precursores del crecimiento político han preparado la unión, se declara más rápidamente la anexión mecánica al conglomerado. El crecimiento de los Estados que no procede de la mera anexión, tiene como resultado débiles y fácilmente quebrantables conglomerados que solamente pueden mantenerse unidos temporalmente gracias a la voluntad de personas cuyo intelecto tenga una concepción del espacio más amplia. Hasta el siglo I a.C., el Imperio romano estuvo constantemente amenazado con la desintegración hasta que creó la organización militar necesaria para mantenerse unido y hasta que consiguió para Italia una posición de superioridad económica que la convirtió en la península mejor situada en la mitad del Mediterráneo y el punto focal de una esfera de comercio atravesada por vías de primer nivel. De igual modo, observamos más tarde cómo a través de la debilidad de la “alianza provincial gala, continuamente oscilando entre la alianza y la hegemonía”, el mercader romano trazó el camino por el cual siguió el colono, y tras él, el soldado; y como todo esto coadyuvó a la soldadura de estos elementos adyacentes, casi inertes, convirtiéndolos en un imperio poderoso.

Este proceso de fusión de fragmentos regionales, de igual manera, insta a los pueblos a una más estrecha relación con su tierra. El crecimiento del Estado sobre la superficie de la Tierra puede ayudar al crecimiento que conduce a la fijación con el suelo. Cuando uno habla de un pueblo echando raíces es algo más que una metáfora. La nación es la entidad orgánica que, en el curso de la historia, se vincula crecientemente con la tierra sobre la que vive. Así como un individuo pelea con la tierra virgen hasta que la convierte en tierra cultivable, una nación lucha con su tierra para convertirla con sudor y sangre en suya propia hasta que es imposible pensar en las dos de forma separada. ¿Quién puede pensar en Francia sin los franceses, en Alemania sin los alemanes? Sin embargo, esta relación no ha sido siempre tan firme y existen todavía hoy muchos Estados en los que los pueblos no están tan íntimamente relacionados con su tierra. Lo que es verdad con respecto al tamaño del Estado, también se aplica a la serie de etapas históricas en la relación del Estado con su tierra. En ningún sitio del mundo encontramos ese distanciamiento de la tierra que, según muchos teóricos, es supuestamente característico de Estados más antiguos. Sin embargo, esta conexión resulta más débil cuanto más nos retrotraemos en las condiciones primitivas. El asentamiento de los hombres es menos denso y están más repartidos; sus cultivos son más pobres y se mueven más fácilmente de un campo a

otro. Sus relaciones sociales, especialmente su sistema de organización moral, los vinculan tan fuertemente que su relación con la tierra resulta débil. Además, dado que, en este estadio, los Estados pequeños se aislaban los unos de los otros a través de fronteras en tierras salvajes u otros elementos; no sólo el espacio (con frecuencia más de la mitad de una amplia área) se echaba a perder en términos políticos, sino que también estaba ausente la competición por aquello que es políticamente más valioso en la tierra. Por lo tanto, las corrientes de agua que ni los indios ni los negros usaban ni como fronteras ni como rutas comerciales, adquirirían un valor inestimable cuando los europeos empezaron a usarlas en su beneficio.

Así pues, se da una reducción en el valor político de la tierra conforme rastreamos desde los más nuevos hasta los más antiguos Estados. Esto está íntimamente ligado a la reducción de las áreas políticas. Incluso los antiguos observadores de la vida en África han aludido al hecho de que en las innumerables pequeñas guerras que se lucharon allí, lo importante no era la adquisición de tierra, sino el botín de prisioneros y esclavos. Este hecho tiene una gran repercusión en la historia del África negra: la caza de esclavos diezmó a la población e impidió el desarrollo de los Estados, es decir, tuvo una doble consecuencia negativa. El punto clave es que el Estado nunca descansa. Al derramarse continuamente por sus fronteras convierte a estas en un punto de salida para expediciones de conquista, circundadas por un cinturón de áreas despobladas y desoladas. La inseguridad domina sus fronteras; solamente dependen de la energía con la que se llevan a cabo estos avances, y la región se marchita cuando estos disminuyen. No hay tiempo para estabilizarlo en un trozo de tierra determinado. Por esta razón, la duración de estas potencias, de las cuales hay muchos ejemplos en el sureste de África, desde los zulu a los wahehe, es normalmente corta. En los Estados más avanzados de Sudán, esta zona de conquista, o mejor dicho, esta esfera de incursión depredadora, es sólo una parte del Estado. La localización y el tamaño de los Estados fulbe (Bornu, Baghirmi, Ouaddai, Darfur, etc.) permanecen estables durante largos periodos de tiempo, pero vacilan continuamente en el punto en el que encuentran las “tierras paganas” no sometidas, esto es, normalmente en la zona sur. Nachtigal¹² en el norte y Crampel y Dybowski¹³ en el sur han mostrado en esas áreas cuán indefinida es la localización y el tamaño de Ouaddai. Pero la incertidumbre en relación al valor político de la tierra es aún mayor. La célebre “avaricia por la tierra” de los Estados conquistadores de la antigüedad, especialmente de los romanos, es una cuestión que todavía no se ha resuelto completamente. La adquisición de tierra era sólo un fenómeno accesorio en las grandes revoluciones políticas de la antigüedad. El poder, los esclavos y los tesoros

¹² (N. de la Trad.) Gustav Nachtigal fue un explorador alemán del siglo XIX que ayudó a Alemania a hacerse con los protectorados del África occidental-ecuatorial.

¹³ (N. de la Trad.) Paul Crampel y Jean Dybowski también fueron exploradores en África. El segundo de origen polaco fue ayudante del primero, de origen francés, en sus misiones.

eran las recompensas de la batalla, especialmente en las guerras asiáticas; y de ahí los efímeros efectos de su crecimiento. En Roma se puede observar una verdadera lucha por la adquisición de tierras desde las Guerras Pírricas. El deseo de imperio, un sistema de alianzas y de pesos y contrapesos entre los poderes formó ahí su base. La expresión de Mommsen, referida a la Roma del siglo VIII, como “un bloque poco firme, sin ocupación intensiva o fronteras definidas”, es característica de esta condición. La comparación con el Sacro Imperio romano-germánico con su confusión de reyes feudales, vasallos, sacerdotes —elevados al rango de príncipes— y ciudades independientes es obvia. La grandeza de César residió en que le dio a un cuerpo más estable una frontera definitiva y segura, así como expansión espacial.

4. La frontera es el órgano periférico del Estado, el portador de su crecimiento así como su fortaleza, y participa en todas las transformaciones del organismo del Estado. El crecimiento espacial se manifiesta como un fenómeno periférico que empuja hacia el exterior la frontera que ha de ser atravesada por los vectores del crecimiento. Cuanto más cerca de las fronteras viven estos vectores, más íntimamente comparten interés en este proceso; y cuanto más amplio sea el límite, más marcadamente periférico será el crecimiento. Un Estado que se estira hacia un área deseada, envía, al mismo tiempo, nodos de crecimiento que exhiben mayor actividad de lo que lo hace el resto de la periferia. Esto es observable en la forma de los países y en la distribución de su población y otros medios de poder. Los afloramientos de Peshawar y el Pequeño Tíbet, y aquellos de Merv y Kokand¹⁴, permiten el reconocimiento inmediato de aquello que incluso la historia no muestra: que en su avance, tanto la India británica como Rusia, crecen juntos con la determinación de hacerse con todas las ventajas de las tierras que quedan entre ellos, tal y como Roma, al conquistar la Galia, contrarrestó a los teutones. En las fronteras alemana e italiana que durante siglos fueron posiciones de fuerte crecimiento, Francia concentra sus medios de poder en la lucha por reanudar un crecimiento suspendido. Es característico de tales segmentos la atracción de una buena porción de la actividad del Estado. Las marcas que establecía Alemania en su expansión hacia el este y que, al tiempo que eran conquistadas, fortificaba y colonizaba, son semejantes a la expansión americana hacia el oeste y la argentina hacia el sur. En pocos años, las cabañas de madera de las fronteras fortificadas han dado lugar a grandes ciudades. Dado que en Europa los Estados están muy poblados, tales excelentes porciones de la periferia son al mismo tiempo las más peligrosas y las más fortificadas: más que ningunas otras, se ha de temer las heridas que éstas puedan recibir.

¹⁴ (N. de la Trad.) Merv es una antigua ciudad centroasiática en el actual Turkmenistán, mientras que Kokand, en el este de Uzbekistán y en el oeste del valle Fergana, fue la capital del antiguo kanato de Kokand.

Otros sectores de la periferia de un Estado poseen un carácter especial porque están compuestos de segmentos periféricos orientados hacia fuera de antiguas regiones independientes que ahora crecen junto al Estado. En cada gran área fronteriza encontramos fragmentos de antiguas fronteras nacionales, provinciales y municipales que se ven tanto menos alteradas cuanto menos sufran, a través de los avances y retrocesos de los movimientos históricos, las nivelaciones y adecuaciones, es decir, las adaptaciones al terreno. Hay una diferencia entre una frontera de siglos de edad y otra que se desarrolla continuamente, como entre los gastados bancos exteriores y la muy afilada orilla interior de un cabo. Las fronteras del oeste y del sur de Sajonia son un ejemplo de esto.

La frontera sufre el mismo desarrollo que el espacio, la consolidación y la continuidad del Estado. Si nos retrotraemos a los primeros Estados del planeta, encontramos tal indeterminación de las fronteras que parecen borradas. Cuando el área es indeterminada, no hay posibilidad de definir cuál es su frontera. El deseo de transferir nuestra concepción de la frontera como una línea muy bien marcada a casos en los que el Estado sólo comprende un punto de la tierra débilmente definido ha conducido a grandes malentendidos en lo que se refiere a la política de las potencias americanas y en África hacia los indígenas. Tal y como Liechtenstein¹⁵ ha dicho acerca de la frontera de los “no creyentes”¹⁶, a menudo se intentó fijar una frontera estable que ninguna de las dos partes podría sobrepasar sin un permiso especial del soberano: “Sin embargo, en esto nunca se ha estado de acuerdo”. En esta interpretación, lo esencial no son las líneas, sino las posiciones. En la medida en que el Estado esté rodeado de un espacio políticamente vacío, las posibilidades de encuentro, de amplia colisión, se reducen, y el Estado se concentra. No obstante, si sus gentes ejercen presión más allá de estos límites, entonces se convierte en una cuestión de integración, más que de desplazamiento: “Los derechos de propiedad de los jefes entre los pueblos primitivos generalmente se solapan”¹⁷. Si el esclarecimiento de tales derechos de propiedad ha presentado la mayor de las dificultades para las autoridades coloniales —es en realidad imposible—, reside allí desde el principio un poderoso margen para cualquier tipo de injerencia o intrusión por parte de las potencias coloniales y conquistadoras que trajeron una concepción distinta de las

¹⁵ (Nota del autor) *Reisen in Südafrika*, Bd. I (1810), S. 358.

¹⁶ (N. de la Trad.) En el original, el autor utiliza el término “Kafferngrenze”, literalmente, “las fronteras de los cafres”. *Kaffir* es una palabra de origen árabe utilizado por los musulmanes para referirse a los no musulmanes y, entre ellos, a los negros del sur de África. Este es el origen de la palabra castellana “cafre”, aunque ese término haya perdido en nuestra lengua su significado original, ya que sirve para designar la calidad de zafio, bruto o cruel. En el siglo XIX, los territorios a lo largo de la costa del sudeste africano, colonizadas por los portugueses y británicos, recibían el nombre de Kaffraria. Concretamente, esas tierras estaban habitadas por pueblos de lengua xhosa y, por lo tanto, en el siglo XIX el término “kaffir” se utilizaba para designar a los xhosa, sin que ello albergara connotaciones negativas.

¹⁷ (Nota del autor) General Warren in *Blaubuch über Transvaal* (February, 1885), p. 46.

fronteras. Asociado a la ante todo ruinosa disparidad en la valoración política del territorio, esto ha acelerado enormemente la desposesión de estas gentes. Sus asuntos políticos eran como su comercio, en tanto que entregaban fácilmente aquello que era más valioso, pues no se daban cuenta de su valía. Mucho antes se reconocía la desventaja cultural del bloqueo —una de las principales causas de estancamiento— de un Estado pequeño por otros. Con la llegada de los europeos este concepto entró en declive; en un nivel más alto, en Sudán o Indochina, la frontera se fija en muchos puntos de la periferia a lo largo de montañas y líneas divisorias de aguas, si embargo, se mantiene el sistema de la zona fronteriza vacía. Encontramos excelentes ejemplos de esto en Sudán, según las obras de Barth, Rohlf, y Nachtigal. A diferencia de los casos de África e Indochina, hace unos años China se separó de Corea por una línea fronteriza que fue precisamente determinada. En relación con el desarrollo posterior de fronteras científicas, que son geodéticamente fijas, inamovibles, protegidas por fortalezas y en todas partes vigiladas de cerca y que todavía no se han hecho realidad incluso en Europa¹⁸.

5. *En su crecimiento, el Estado lucha por alcanzar posiciones valiosas desde el punto de vista político.* Para crecer y evolucionar, el Estado busca obtener beneficios geográficos al ocupar las buenas localizaciones de las regiones antes que las débiles. Si su crecimiento está relacionado con la desposesión de otros Estados, captura victoriosamente las áreas buenas y los desposeídos continúan en las malas. Por lo tanto, en las tierras más jóvenes (colonias) cuya historia íntegra nos es conocida, las nuevas estructuras políticas se distribuyen a lo largo del mar, en los ríos y lagos, y en las fértiles planicies; mientras que las formas políticas más antiguas son relegadas a las áreas interiores en un principio menos deseadas: estepas y desiertos, montañas y marismas. Esto ha ocurrido en Norteamérica, Siberia, Australia y Suráfrica. Debido a las ventajas que tales localizaciones ofrecen a los primeros colonos, muy pronto determinan el destino de grandes extensiones de tierra para un futuro prolongado. Incluso si suceden cambios políticos, la población llegada en primer lugar permanece en una posición de ventaja en términos culturales. El fracaso cultural de muchas invasiones políticas exitosas se puede explicar de esta manera. Los portadores de una misma cultura tienen, en definitiva, el mismo concepto del valor de la tierra. Por esta razón, todas las colonias europeas de los últimos siglos han sufrido el desarrollo espacial correspondiente.

¹⁸ (N. del autor) Véase mi ensayo “Über allgemeine Eigenschaften der geographische Grenzen &c.” [Sobre las características generales de las fronteras políticas], en los informes de la conferencia del K.S. Gesellschaft der Wissenschaften en 1892.

En otros tiempos prevalecieron otras evaluaciones del espacio. Los antiguos peruanos no descendieron al Amazonas, sino que más bien extendieron su dominio en la meseta a lo largo de una delgada franja de unos 4.000 km de largo. Los antiguos griegos no buscaron grandes áreas interiores fértiles, sino —siguiendo a los fenicios en esto— islas y penínsulas entre las ensenadas. Los turcos, por otro lado, ocuparon las estepas altas de Asia Menor que los griegos habían desdeñado, y los magiares la *puszta*¹⁹ de las tierras bajas del Danubio. La costumbre, así como el nivel de cultura, se reflejan en esto y es por esta razón que el crecimiento político continúa en las regiones siempre y cuando sea posible mantener condiciones de vida y trabajo parecidas. Los fenicios se asentaron en las costas, los holandeses en islas, y los rusos en las riberas de los ríos. Era bien sabido por los antiguos cuán beneficioso fue para la gran expansión del Imperio romano el carácter naturalmente cerrado de las tierras del Mediterráneo. Tanto para Grecia como para Roma, estas tierras, por lo tanto, presentaban las más afortunadas regiones coloniales, en las que podían sentirse en casi todas partes más en casa que un europeo de Centroeuropa en América del Norte entre los 35° y 45° latitud norte.

El involucramiento de localizaciones ventajosas desde el punto de vista político también encuentra expresión en la forma del Estado, que tomamos como una etapa transicional de descanso para este organismo fundamentalmente móvil. La expansión de Alemania a lo largo de los mares del Norte y Báltico, el cercamiento de Francia de la Meuse al norte de Sedan, la invasión austriaca de la cresta de los Montes Metálicos a lo largo de casi toda la frontera entre Sajonia y Bohemia y su punto más al sur que cerca la Bahía de Kotor, y el cercamiento de las Islas del Canal por parte de Inglaterra, son algunos ejemplos de esto. Hemos visto cambiar repentinamente la forma de Estados jóvenes e inacabados. La frontera norte de Chile, dibujada en el paralelo 24° en el aparentemente inútil desierto de Atacama, se desplazó hasta el 23° tan pronto como los depósitos de guano fueron descubiertos en la Bahía de Mejillones. El descubrimiento de diamantes en el río Vaal desde 1867 siguió a la expansión de Inglaterra sobre el río Orange en un área que perteneció al Estado Libre de Orange; esta es la dirección que tomó Bechuanalandia²⁰ en su posterior crecimiento hacia el norte. En estadios más bajos, los Estados tienen una predilección por situarse en o cerca de rutas comerciales, como se puede observar

¹⁹ (N. de la Trad.) Término húngaro para designar las vastas extensiones de llanura esteparia, típica de las tierras planas de aquella nación.

²⁰ (N. de la Trad.) El Protectorado de Bechuanalandia fue establecido en 1885 por Gran Bretaña en el área de lo que hoy en día es Botsuana, país que consiguió su independencia en 1966. El país tomó el nombre del pueblo bechuana, perteneciente a la etnia "kaffir".

fácilmente en Sudán o el interior de África. Es por esta razón que Ouaddai²¹ se expandió en raras ocasiones hacia Fezán²².

Una gran parte de las frecuentes y largamente detenidas tendencias al crecimiento de los Estados es resultado de la consecución de localizaciones ventajosas desde el punto de vista político, ya que dado que el crecimiento político consiste en movimiento, o más aún en la unión de innumerables movimientos, el Estado encuentra ventajoso la anexión de esas regiones naturales que favorecen el movimiento. Así, lo vemos cuando lucha por conseguir la posesión de las costas, moviéndose a lo largo de los ríos, y expandiéndose sobre las planicies. Otra parte del Estado ejerce presión sobre las barreras de aquellas regiones que son accesibles para el hombre. En este sentido, uno no debe pensar solamente en los impedimentos, sino en las reivindicaciones para llenar una región naturalmente delimitada. Roma creció a lo largo del desierto en el Norte de África y en Asia Occidental. Había alcanzado el extremo sur de los Alpes en el año 222 a.C., pero los cruzó por primera vez como Estado unos 200 años después cuando ya había crecido más allá de los Alpes en dirección este y oeste. Bohemia llenó su cuenca antes de que ninguno de los Estados vecinos hubiera establecido fronteras fijas, y conforme creció más allá de su cuenca, su crecimiento se extendió en dirección sureste hacia Moravia, hacia donde apuntaba la apertura de la cuenca. De este mismo tipo es el crecimiento que tiene lugar en la dirección de menor resistencia. El crecimiento de los Estados centroeuropeos hacia el Este, fomentado cuando se produjo la primera partición de Polonia, se presenta como una reacción oriental a la larga orientación frustrada de sus energías políticas hacia el Oeste. Del mismo modo los Estados del Sudán crecen uniformemente, como se ha dicho, desde el Océano Atlántico al Índico en dirección a los Estados negros más débiles. Asimismo, el desarrollo del dominio británico en India se basa en el cercamiento de las potencias nativas más poderosas a partir de los distritos más débiles y susceptibles de dominación.

6. *El primer estímulo al crecimiento espacial de los Estados procede del exterior.* El crecimiento natural renueva un cuerpo político simple y continuamente lo reproduce, pero no produce a partir de sí mismo ninguna otra forma política. La familia se renueva a sí misma a través de su prole y engendra nuevas familias y estas permanecen unidas en forma de familia. Donde la exogamia predomina, dos familias siguen exactamente el mismo patrón. La tribu o familia se ramifica para

²¹ (N. de la Trad.) El Imperio Ouaddai, también Ouaddāi (según la correcta ortografía francesa), Uadai, Waday, y otras variantes, fue un antiguo reino africano (1635-1912), originariamente no musulmán, en el actual Chad, situado al este de Lago Chad, al noreste del Reino de Baguirmi, y al oeste de Darfur. Surgió en el siglo XVI como un desprendimiento del Sultanato de Darfur.

²² (N. de la Trad.) Fezán es la región sudoeste de la Libia moderna, de carácter fundamentalmente desértico.

formar otra tribu, etc. A través de su unión con la tierra, todos estos cuerpos devienen un Estado. Conforme aumentan, los Estados más pequeños no dan lugar a Estados más grandes, sino más bien a una multitud de Estados del mismo tamaño. Para que no se sobrepase el tamaño estandarizado, el tamaño de la población ha de ser limitado por todos los medios posibles, entre los cuales se encuentran las más crueles prácticas, y esta es la manera por la cual se limita el tamaño del Estado. El cercamiento del Estado en un área de frontera despoblada es un obstáculo añadido al crecimiento. Se supone que el Estado debe ser fácilmente controlable y permanecer dentro del alcance.

Hasta donde llega nuestro conocimiento acerca de los Estados primitivos, su crecimiento nunca ha avanzado sin influencia extranjera. En un sentido más amplio, el origen de tal crecimiento es la colonización. Los hombres de regiones con concepciones espaciales más amplias llevan la idea de Estados más grandes a las zonas de conceptos espaciales menores. El nativo que sólo está familiarizado con su Estado estará en desventaja con el que conoce al menos dos. La localización geográfica muestra de forma abrupta cómo los Estados más grandes en áreas donde predominan los Estados pequeños han crecido hacia dentro desde la parte exterior más accesible, esto es, desde las costas o los límites de los desiertos. Si miramos a África antes del establecimiento de las colonias europeas, encontramos grandes Estados en el horizonte, donde los negros entran en contacto con grupos camitas y semitas; mientras que no hay casi ninguno donde los negros entren en contacto o bien entre ellos, o bien con el mar. Sin embargo, donde encontramos Estados negros interiores, encontramos sagas de origen extranjero en lo que respecta a su fundación, que se han difundido por el planeta. En muchas ocasiones los cazadores errantes se atribuyen ese papel, que es una reminiscencia del rol histórico de los kioko²³, que fueron inmigrando lentamente e infiltrándose en la más reciente transformación del Imperio lunda²⁴.

Todos los Estados de África son conquistados o son Estados coloniales. La Historia muestra cientos de veces ejemplos de inmigraciones y expansiones silenciosas de pueblos que, al principio tolerados, pasan a un primer plano con la posesión del poder. Tal ha sido el curso de casi todas las colonizaciones europeas. Así, los chinos establecieron su imperio en Borneo. Al principio del Imperio romano, aunque envuelto en una neblina mítica, encontramos a los extranjeros cuya inmigración hizo posible el ascenso de Roma, que ya estaba mejor situada para el intercambio y comercio marítimo de lo que estaban otras ciudades latinas. La primera gran formación estatal en Borneo, desde el imperio de los mineros del oro chinos, es el reino

²³ (N. de la Trad.) Tribu bajojke.

²⁴ (N. de la Trad.) Complejo de Estados africanos de lengua bantú fundado en el siglo XV y centrado en el oeste de la actual República Democrática del Congo y en el noreste de la actual Angola.

del rajá Brooke, que es el ejemplo paradigmático de tales sagas de origen. A la llegada de los europeos había en toda Melanesia sólo una estructura estatal, la de los inmigrantes malayos en la costa noroccidental de Nueva Guinea. El núcleo histórico de las sagas errantes de las antiguas culturas de América no puede ser, dicha sea la verdad, resuelto, pero no puede ser cosa del azar que la fundación de todos los Estados sea atribuible a extranjeros. En América, todos los otros Estados de considerable tamaño, desde su fundación de origen europeo, se han expandido tierra adentro, hacia las pequeñas regiones estatales de los indios desperdigadas por toda el área. América, Australia y el África al sur del Ecuador, que antes de la llegada de los europeos estaban en manos de sus poblaciones y eran las áreas de la Tierra menos estimuladas, muestran también del menor desarrollo de los Estados.

¿Dónde tiene su origen la idea de que un Estado grande entrará en el territorio de uno pequeño? Dónde no han sido llevada por los europeos, los portadores han sido los pueblos marítimos, del desierto o de la estepa: los camitas, los semitas, los mongoles o los turcos. Si vamos más allá en la investigación del origen de esta idea con respecto a los europeos, llegamos a las costas del Mediterráneo oriental donde fértiles tierras se sitúan en medio de amplias áreas de estepa. Egipto y Mesopotamia, Siria y Persia son grandes oasis que favorecen la concentración de sus poblaciones en áreas condensadas y que están rodeados por áreas que invitan a sus habitantes a la expansión. De esta distinción surge una rica fuente de vida histórica. Así como el Bajo Egipto creció en la dirección del Alto Egipto y China creció en todas las direcciones desde sus tierras bajas, todas esas regiones han equipado masas de hombres para una invasión marcial y la conquista colonial progresiva. No obstante, la organización política de esas masas y su gran dominio del espacio, que unió entre sí cada una de sus tierras, vino desde las estepas. Los fundadores de grandes Estados como Egipto y Mesopotamia, Persia, India, China y también el Sudán africano han descendido de tales tierras. La América precolombina carecía de fermento político continuo al no contar con pueblos de pastores, pueblos que en un tiempo dominaron la mayor parte del mundo antiguo. Este elemento también ayuda a dar una explicación parcial del pobre desarrollo estatal allí.

Los efectos de los pastores nómadas en los agricultores sedentarios y comerciantes muestran, sin embargo, sólo una cara de un conflicto más profundo. Este mismo contraste subyace en la base de la fundación de Estados por los pueblos marítimos (los fenicios, los normandos o los malayos) y, otra vez, en las colonias europeas más recientes. También observamos esto en la tendencia mundial de los pueblos sedentarios, y particularmente de los agrícolas, al repliegue político o la aceptación. Todas las colonizaciones puramente agrícolas (las de los aqueos en la Grecia mayor, así como los germanos en Transilvania y los *boers* en Sudáfrica) tienden al embotamiento y están marcadas por la torpeza política. El gran éxito de Roma reside en la hibridación entre un robusto campesinado y elementos más móviles, de orden mundial.

Hay una diferencia en los movimientos históricos que está presente en toda la humanidad. Algunos persisten, otros avanzan hacia adelante, y ambos se benefician de la naturaleza de sus lugares de residencia. Por esta razón la formación de Estados empuja desde los mares y las estepas (*regiones de movimiento*) hacia tierras forestales y de cultivo (*regiones de persistencia*). El asentamiento permanente conduce al debilitamiento y el declive, mientras que la movilidad, por otro lado, favorece la organización de las poblaciones, que, en el caso de las hordas tártaras, los vikingos y los marinos malayos, permitió que pequeñas potencias tuvieran grandes repercusiones. Los más extremos ejemplos de ambas situaciones se pueden encontrar en África, como en el caso de los zulú, un pueblo guerrero organizado hasta el punto de anular a la familia, y los mashona, un pueblo degenerado hasta el punto de la esclavitud por generaciones de fragmentación autoinflingida. Los dos se necesitan, ya que el primero vive del segundo. No es necesario que un pueblo en proceso de formación de un Estado imponga su nacionalidad sobre los políticamente pasivos, tal y como muestra la “semitización” de Babilonia, porque las leyes del crecimiento de los pueblos y de los Estados divergen.

7. *La tendencia general hacia la integración y nivelación espaciales reproduce el crecimiento de Estado a Estado y lo incrementa incesantemente.* Al ganar en consideración en tanto que valor político, el territorio se ha convertido en una influencia cada vez más importante, ya que funciona como medida de poder político y como botín en las luchas estatales. Siempre y cuando exista competición política, los Estados más débiles intentan igualar a los más poderosos. Trasladado al nivel territorial, de ello nace el conflicto por la integración y nivelación espaciales. La nivelación es resultado de un lento desarrollo y de la integración y nivelación producto de numerosas luchas: así vemos que las áreas de Austro-Hungría, Alemania, Francia y España pueden expresarse en términos proporcionales como 100, 86, 84 y 80, que las de los Países Bajos y Bélgica como 100 y 90, que las de los Estados Unidos de América y la Norteamérica británica (con la Isla de Terranova) como 100 y 96, y Ontario y Quebec como 100 y 97. A lo largo de su historia han existido relaciones de tamaño similares en los distintos niveles de tamaño y posición. Mucho antes del siglo XVI en el que, a la vista de las luchas entre España, Austria y Francia por el dominio en Europa, se había forjado el concepto de equilibrio europeo —el embrión del cual, no obstante, había aparecido ya a finales del siglo XV en determinados procesos de Borgoña, Suiza e Italia—, esta tendencia ha sido una ley en el desarrollo espacial de los Estados. En estadios inferiores del desarrollo la misma capacidad limitada para la dominación espacial puede ser eficaz, como en el *cluster* regional de Uganda, Wanyoro, Ruanda o Bornu, Baguirmi, Ouaddai y Darfur. Y ya antes observamos la unión de tribus pequeñas tras el ataque de un vecino más fuerte, que actuaría como lo hacen los golpes de un martillo al endurecer la cohesión política.

Desde los inicios del crecimiento hasta los Estados de grandes dimensiones del presente observamos, pues, la misma tendencia hacia la imitación de los grandes por parte de los pequeños y de los más grandes por parte de los que ya son grandes y buscan igualar a aquellos. Esta tendencia es vital y, a modo de timón, actúa sobre las oscilaciones y retrocesos para impedir los esfuerzos de crecimiento individual. Ha demostrado ser tan efectivo en los Estados-aldea de los territorios azande como en los Estados de grandes dimensiones que atraviesan continentes. De ahí que la tendencia a la construcción de Estados cada vez más grandes continúa a lo largo de toda la historia. Y observamos que se encuentra activa en la actualidad en la Europa continental donde está despertando la convicción de la necesidad de la unión, al menos económica, contra los gigantes de Rusia, Norteamérica y el Imperio británico. Tampoco han contradicho esta ley los recientes desarrollos coloniales: en África se ha producido una verdadera carrera de las potencias por la tierra, e Inglaterra y Alemania han hecho una división de lo restante de Nueva Guinea en una ratio de 125-100.

Este objetivo se alcanza por muy diferentes medios. Un pequeño Estado toma de los Estados vecinos tierra suficiente para igualar o asemejarse al mayor de entre ellos: Prusia, más tarde Alemania, entre Francia y Austria. Los Estados se desarrollan cerca y se suceden los unos a los otros en un área común de la Tierra, por lo cual los últimos se aproximan a las dimensiones tomadas por los primeros: Iberoamérica, la Norteamérica francesa, los Estados Unidos de América y la Norteamérica británica. Si un Estado es dividido en dos partes, éstas no deberían diferenciarse mucho en tamaño: los reinos de los Países Bajos y Bélgica. Un Estado que es reducido en tamaño toma por otro lado tanto territorio como sea necesario para mantenerse al nivel que comparte con sus vecinos: Austria, que por una pérdida de 44.310 km² en la península de los Apeninos se anexionó 51.110 km² de la península balcánica. Un partenariado fragmentado como el de la Liga Hanseática operaba de acuerdo con un plan según el que no se permitía anexionarse las tierras del norte, esto es, que estas tierras debían permanecer en la situación en la que estaban. Los cartagineses y griegos se contenían los unos a los otros de modo que Roma en el centro de Italia era capaz de situarse por encima de cada uno de los dos. En referencia a un amplia área hacia la cual uno no puede permanecer pasivo, Rusia y China se están convirtiendo en los dueños de Asia Central, en la que, de acuerdo con la opinión de Wenzukow, la primera tiene problemas a resolver con respecto a los pueblos turcomanos similares a los que la segunda tiene con respecto a los pueblos mongoles.

Naturalmente tales deseos de emulación no se restringen al tamaño espacial. Los Estados vecinos comparten los beneficios de la ubicación y características naturales de los cuales emergen intereses y funciones comunes de gran alcance. También los grandes Estados entran en contacto de forma prolongada en una estrecha área: el tren Canadian Pacific rivalizó con las conexiones transcontinentales de los Estados Unidos, y la navegación en los Grandes Lagos usa canales separados a ambos lados

de la frontera. A lo largo de toda América se observa la imitación de la organización y el estilo de vida política de los Estados libres de Norteamérica, tal y como el Sudán ofrece un patrón para todos los Estados islámicos, ya fuera su fundador un fulbe o un nubio arabizado. Así, también los Imperios persa y romano fueron modelos para una serie de Estados de la antigüedad, e incluso a lo largo y ancho de los Estados de la meseta americana hay una similitud distante que es asombrosamente evidente en la ingeniosa construcción de carreteras.

Tanto en la competición pacífica como en la disputa marcial la regla dice que en el avance sobre el mismo territorio uno se debe encontrar con su enemigo. Tan pronto como resultan victoriosos se asemejan a ellos. Los Estados en los límites de las estepas y en lucha con los pueblos de las estepas deben ellos mismos volverse Estados suficientemente esteparios para poder dominar las ventajas que la estepa ofrece: Rusia y Francia son un ejemplo de ello en Asia Central y Argelia.